

SEMBLANZA DE PEDRO GAETE

(Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales CODEHS)

La muerte cierra el ciclo de nuestra vida; pone fin a nuestro ‘paso por el mundo’. Adviene inevitablemente y, sin embargo, como lo indica Fromm,

“[...] puede constituir la afirmación extrema de nuestra individualidad”.

La muerte de nuestro amigo y compañero Pedro Gaete Soto ha cerrado el ciclo de su vida. Marca, por consiguiente, el momento propicio para hacer una semblanza de quien ha sido.

Permítasenos, no obstante, realizar esta labor desde una perspectiva diferente y considerarlo en el carácter de un individuo inmerso dentro de un entorno social, en interacción constante con otros individuos, formándose y formando a los demás en esa relación recíproca que nos hace ser auténtico producto social. Porque Pedro no fue un sujeto aislado, provisto de una genialidad innata o de cualidades que sólo parecen destacarse cuando la muerte se hace presente. Por el contrario: fue producto de la historia de su país, de su entorno social, de su familia, de sus amigos y relaciones. A ese Pedro es necesario referirse en esta semblanza. Es la visión en su exacta dimensión de ser humano.

Isidro Pedro Fabriciano Gaete Soto, a quien su cédula de identidad nombra tan sólo como Isidro Gaete Soto, nació un 2 de noviembre de 1938, en la vieja casona de sus padres, de calle Inglaterra N° 1250, ciudad de Santiago, y bajo ese nombre existe en la inscripción bautismal anotada en el registro de la Parroquia de Puchuncaví. No es extraño que así suceda. La generación de Pedro lleva el estigma de las confrontaciones del Registro Civil con las partidas eclesiás, situación que a muchos nos afecta en nuestras diarias relaciones. Nació Pedro el día de los difuntos, que es el 2 de noviembre, pues el 1 del mismo mes la Iglesia Católica lo consagra como Día de Todos los Santos.

Fue nuestro amigo el hijo menor de una familia de nueve hermanos formada por Isidro Gaete Escobar y Elsa Soto Veas, donde a los almuerzos de los niños se invitaba, a menudo, al forastero que tenía la suerte de pasar frente a esa casa, a devorar un emparedado. La familia Gaete Soto seguía los cánones de las Escrituras: no era egoísta ni enseñó a los suyos a serlo; por el contrario, compartía sus alegrías y meriendas con el caminante, el hambriento y el necesitado.

No fue extraño, así, que desde pequeño mostrase Pedro inclinación por la llamada ‘cuestión social’ y una acentuada vocación de servicio a los demás, vocación que siempre estuvo presente en todos sus actos y jamás perdió en el transcurso de su vida. Pedro fue solidario ‘in extremis’; y en no pocas oportunidades debió arrepentirse de esos arrebatos que le producían, a menudo, sinsabores, como cuando prestó algunos cheques a una persona que hizo mal uso de su confianza. Sin embargo, en otras oportunidades, esa vocación de servicio lo llevaba a manifestar el exacto significado de la palabra ‘amistad’. Recuerdo, al respecto, otro hecho singular: un común amigo nuestro, cuyo nombre no tiene por qué omitirse (Sergio Sánchez Bahamonde), sufrió hace algunos años, y por error médico, la completa pérdida de su visión. A partir de ese entonces, domingo a domingo, en las mañanas, se acercaba Pedro a su morada para leerle las informaciones que entregaba ‘El Mercurio’. Un día, temiendo que esas visitas reiteradas constituyesen un acto suyo inoportuno, quiso excusarse ante Sergio por tal intromisión dominical.

“¿Cómo se te ocurre que me van a molestar tus visitas”, respondió Sergio, con vehemencia, “si has sido mis ojos durante todo este tiempo?”

Esta vocación de servicio se puso de manifiesto durante los largos años de dictadura. Pedro, al igual que lo hacían los demás miembros del CODEHS —el primer Comité de Defensa de los Derechos Humanos que se creara en Chile, a iniciativa de Clotario Blest—, vivía en los hospitales, las cárceles, las comisarías, la morgue o el aeropuerto, ayudando, reconfortando o visitando a las víctimas de la represión o a sus familiares, o despidiendo a quienes tomaban el camino del exilio. Carlos Lagos que, junto a otros, organizara el MAPU Comité Central, jamás dejó de agradecer a Pedro todo lo que éste hizo por él, en los difíciles días de su encierro en manos de la dictadura; y María Eugenia Zúñiga, en primer lugar, por hacerse Pedro presente, junto a Pamela, a poco de ocurrir el suicidio de su compañero Nino García, en el que fuese el hogar de ambos, y, en segundo, ya tendido en su lecho de muerte, por su solidaridad con ella; y, así, muchos otros a quienes entregó su afecto y solidaridad.

Pedro, niño aún, participó en las organizaciones eclesiales para socorrer a los desvalidos. Joven todavía, y entendiendo que las soluciones generales jamás se van a lograr a través de soluciones particulares, se desposó definitivamente con la política. Su partido fue el demócrata cristiano, organización que nació de la unión de la Falange Nacional con los partidos Conservador Social Cristiano y Agrario Laborista. Pedro creyó en los líderes demócrata cristianos, en Frei, en Tomic, en Tomás Reyes, en Gabriel Valdés, en Sergio Molina, en Juan Hamilton, en Andrés Zaldívar, en Bernardo Leighton, en Rafael Agustín Gumucio, y se emocionó con los sones de la marcha de la ‘Patria Joven’ que auguraban el triunfo de la nueva entidad política como efectivamente sucedió: Frei ascendió a la Primera Magistratura de la nación. Con él se hicieron, también, presentes las esperanzas de gran parte de la población chilena. Sin embargo, a poco, comenzaron las desilusiones. Pedro no fue indiferente a lo que sucedía en el agro, en el área industrial, la banca, el comercio. En el mineral de El Salvador fueron asesinados unos trabajadores cupríferos que llamaban a la paralización de las faenas; nuestro amigo tomó partido junto a los familiares y compañeros de las víctimas. No fue sino en su hogar que se organizó el movimiento 11 de marzo, antesala de lo que más tarde devendría en división del Partido Demócrata Cristiano.

Al producirse la masacre de Pampa Yrigoin se radicalizó definitivamente. Comenzaron, entonces, las marchas de la juventud demócrata cristiana en contra de su gobierno. Pedro tomó partido junto a las fracciones que empezaban a proliferar al interior del partido gobernante, participó en otros movimientos y en todos aquellos que culminarían con el nacimiento del MAPU. Le repugnaba que los ricos se hiciesen más ricos en tanto los pobres se hundían cada vez más en la pobreza. Con Rodrigo Ambrosio afirmó que si el Gobierno llegase a prohibir las marchas por los caminos, la juventud lo haría por las bermas.

Cuando el entonces senador Rafael Agustín Gumucio abandonó el partido Demócrata Cristiano, Pedro se acercó a Rodrigo para insinuarle la conveniencia de retirarse en esa ocasión con varios otros militantes de la juventud de esa colectividad. Rodrigo rechazó la proposición no porque estuviese en contra de ella sino porque estimaba que no era aquél el momento más apropiado: “Nos iremos”, le dijo, “pero eso será cuando lo hagamos todos. No ahora”.

La constitución del MAPU fue un tónico para sus nervios. Pedro estaba eufórico. Era un mapucista convencido, un mapucista de tomo y lomo. Y se puso a trabajar frenéticamente para transformar ese destacamento en un partido proletario. Cuando, por razones teóricas, el grupo de parlamentarios hizo abandono de esa nueva colectividad para dar origen a la Izquierda Cristiana, Pedro no siguió sus aguas; por el contrario, se mantuvo en el MAPU, fiel a la declaración de principios y al primer programa del partido, ambos documentos debidamente suscritos por él, criticando fuertemente a los tránsfugas. A diferencia de muchos, jamás borró con el codo lo que firmaba con la mano. Por eso, al realizarse el segundo Congreso Nacional del MAPU defendió ese programa y no aceptó los argumentos divisionistas de la fracción que, más tarde, daría origen al MAPU OC.

Luego del golpe militar, fue ‘descolgado’ por la dirección interior del MAPU; malévolamente, alguien lo sindicó como informante de la DINE, algo muy similar a lo que le sucedió a otros militantes en esos días (entre ellos, a Carlos Méndez. Y, en otro respecto, a Fernando Robles). Nunca nadie les dio una explicación por tal infundio.

Cansado de esperar una respuesta de sus compañeros a ese inexplicable ‘descuelgue’, y cuando ya el MAPU Partido de los Trabajadores comenzaba a perfilarse como entidad separada del resto, junto a Carlos Lagos, Miguel Mercado, Kalki Glauser, René Román y otros miembros del Comité Central optó por la organización autónoma y, en consecuencia, por dar nacimiento a la fracción que se conocería bajo el nombre de MAPU Comité Central, destinada a defender los principios y programa aprobados en el Segundo Congreso Nacional.

Asfixiado económicamente, sin trabajo como sus otros compañeros, viajó al exterior a pactar con el MAPU Partido de los Trabajadores una forma de colaboración; volvió ilusionado luego de firmar con aquellos una serie de acuerdos sin saber que, al poco tiempo, la dirigencia de esa colectividad desconocería los compromisos contraídos con él.

En 1978, organizó La Casona de San Isidro, restaurant para gente de dinero, ubicado en sus comienzos en la primera cuadra de la calle San Isidro. Ese mismo año, luego de la detención de otros miembros del MAPU Comité Central, ingresó, junto a Manuel Acuña, al Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales CODEHS, que dirigía Clotario Blest. La Casona de San Isidro, en tanto, languidecía y los socios de Pedro lo abandonaban para no involucrarse en las pérdidas que amenazaban con llevarlos a la ruina.

La Casona de San Isidro quedó, así, en manos de Pedro y de Manuel Acuña; pasó a constituirse en peña luego que una proposición en tal sentido fuese sometida a consideración del colectivo de artistas del local y todos se comprometiesen a llevar adelante ese proyecto. Fue, por consiguiente, La Casona, obra colectiva en la que Pedro Gaete desempeñó el rol de factor de unidad del grupo social que integraba ese colectivo. Allí tuvieron no solamente un escenario donde enviar sus mensajes artísticos sino un verdadero hogar, artistas tan importantes como Quelentaro, Jorge Yañez y los payadores Piojo Salinas y Arturo San Martín, el Grupo Aymará, Rebeca Godoy, María Eugenia Zúñiga, el dúo Huara, Contracanto, Nano Tamayo, Pancho Caucamán, el dúo Lonqui, Alejandro González, Los Zunchos, César Palacios, Patricio Liberona, Catalina Rojas, el tío Roberto Parra, Dióscoro Rojas, Gabriela Pizarro, Sol y Lluvia (grupo que se formó en La Casona), el grupo Tradición, el Grupo Ortiga, Aquelarre, Isabel Aldunate, en fin. La Casona de San Isidro existió y perduró porque, para que continuase funcionando, colaboraron en ese sentido, además de los artistas, otras personas a las que es necesario hacer mención: Ignacio Celedón y Pedro Zunino, que le brindaban su auxilio económico desde la empresa ‘COPASÍN’; para esa labor fueron importantes, también, Sergio Bürquez, que se desempeñaba como gerente y Mario Lobos como Jefe de Ventas. Así, La Casona de San Isidro fue obra de un colectivo social en donde Pedro fue una persona más, pero una persona en torno a la cual actuaban otras; Pedro fue el ‘atractor’, es decir, el punto hacia el cual convergían las energías del grupo social al que pertenecía. No fue, por consiguiente, aquella peña obra de un individuo, sino de todo un conjunto social actuando coordinadamente en una dirección determinada, actuando en torno a quienes aparecían tan sólo como factores de unidad del conjunto, forma que es, también, la de interpretar la historia de las instituciones y de los grupos sociales, entre otros, La Casona de Isidro y el CODEHS. Sólo así es posible explicar el rol de Pedro Gaete en la marcha y continuidad de esas organizaciones.

En La Casona de San Isidro funcionaron otras agrupaciones que la tomaron como su propia casa. Merecen citarse entre ellas a la Agrupación Cultural ‘Chile’, que dirigía Ruth González; el Teatro ‘Paloma’ que dirigía Jorge Yáñez; el Taller ‘Sol’, que organizaba Antonio ‘Toño’ Cadima, y CODEJU, Comité de Defensa de los Derechos Juveniles, organismo estudiantil nacido de un acuerdo entre el partido Comunista y la Democracia Cristiana.

Del inseparable maridaje establecido entre el CODEHS y La Casona de San Isidro habían de surgir tres instancias importantes:

1. La primera: creación de la Coordinadora Nacional de Peñas Folclóricas cuyo primer presidente, a instancias de la representación de La Casona de San Isidro (Manuel Acuña y Pedro Gaete), fue Nano Acevedo;
2. La segunda: constitución del Comité de Defensa de la Cultura CODECU en donde tuvieron destacada actuación Rebeca Godoy, María Eugenia Zúñiga y otros artistas populares; y,
3. La tercera: creación de la revista de discusión teórica ‘Avance’—revista clandestina que promovía el debate exponiendo las posiciones de los partidos proscritos e intentando, con ello, fomentar el proceso de unidad—, junto a Rafael Maroto, Patricio Orellana, Antonio ‘Toño’ Cadima y Manuel Acuña.

Pedro Gaete no estuvo ajeno a la creación de ‘PROINFA’, laboratorio de productos farmacéuticos instalado, primero en el sector de Santa Isabel y, luego, en el Paradero 5 de Vicuña Mackenna, obra de Ramiro Ríos, Miguel Mercado, Mario Lobos y Manuel Acuña; tampoco estuvo ajeno al desarrollo del proyecto de creación de Farmacias Populares (Farmacia ‘Nueva Independencia’, Farmacia ‘Villa O’Higgins’, Farmacia ‘Metropolitana’), ni al de los minimarket y administradoras, donde también estaban presentes los anteriormente nombrados.

En consecuencia, es de un reduccionismo abrumador pensar que Pedro fue tan sólo La Casona de San Isidro o, como parecen creerlo quienes lo conocieron solamente militando en el Partido Socialista, un militante activo; nuestro amigo fue eso, sin duda alguna, pero mucho, muchísimo más.

Durante los duros años de dictadura, el CODEHS (y, en consecuencia, La Casona de San Isidro) contó con la ayuda de dos importantes personas que, para evitar un entorpecimiento en sus labores de prestar servicios a los necesitados, jamás pertenecieron oficialmente a esa organización: el primero fue Alberto Sifri Catán, abogado que, a instancia nuestra, asesoraba a quienes estaban con graves problemas de carácter jurídico; en no pocas oportunidades Alberto Sifri socorría, dentro de sus posibilidades, económicamente a esas personas. La segunda de esas personas fue el doctor Luis Soto que no vaciló en atender gratuitamente a todos aquellos que recurrieran al CODEHS con problemas de salud. En octubre del pasado año, Pedro había acordado con otro de los miembros del CODEHS (Manuel Acuña) concurrir hasta la consulta de ese noble profesional a fin de agradecerle lo que hizo por tanta gente en tan difíciles momentos. No fue posible. La enfermedad de Pedro impidió realizar esa tarea en forma conjunta. A Alberto Sifri nada pudo agradecerle: murió hace dos años aquejado de un cáncer incurable que minaba inexorablemente su existencia.

No resultó el proyecto de crear una editorial, donde Pedro iba a tener una destacada participación, a la que se había dado el nombre de ‘Galvarino’, pues aunque sus organizadores se sentían, como el inmortal mapuche con las manos cortadas, de todas maneras, conservaban ánimo para seguir luchando contra el dominador. Sin embargo, se alcanzaron a publicar dos pequeños libros que lograron cierta notoriedad. Tampoco pudo cristalizar el traslado de la Editorial ‘Senda’ de Estocolmo a Chile; Pedro enfermó y no se recuperó jamás.

La llegada de la democracia terminó con La Casona de San Isidro así como con varias otras organizaciones sociales y culturales. Los numerosos proyectos que Pedro presentó a ‘su’ gobierno, a los gobiernos concertacionistas, jamás se aprobaron. Hubo dinero para los amigos, para la farándula, para los familiares de los ministros y personeros del gobierno; jamás lo hubo para La Casona de San Isidro.

Pedro fue un hombre ‘creyente’ en el sentido más amplio de la palabra. Creía en Dios, en la Iglesia católica, apostólica y romana, y en las personas. Esa fue su gran virtud; pero fue, al mismo tiempo, su peor defecto. Sublimevemente ingenuo, esplendorosamente cándido, desprovisto por entero de

la malicia típica del chileno, creyó, por lo mismo, en sus ex compañeros de partido. Por eso confió en ellos cuando se desencadenaron las protestas y aceptó que se reemplazaran los actores sociales (dirigentes de las protestas, de los sindicatos, de las organizaciones poblacionales, culturales y de derechos humanos) por actores políticos. Cuando la escena política de la nación comenzó a reconstruirse a pasos agigantados y los actores políticos tomaron el lugar de los actores sociales, cuando vio derrotado a uno de sus compañeros y amigos del CODEHS (Manuel Acuña) ante esos hechos y supo de su determinación de dejar Chile, trató de convencerlo de lo contrario: "Llegarán nuestros compañeros" le dijo, "ellos son nuestros amigos, saben de nuestras luchas. Reconocerán nuestros años de trabajo al servicio de la causa. Tenemos derecho a ello, compañero".

"Eso no sucederá, Pedrito", repuso el aludido. "Esos sujetos son de mala leche, como decía Rodrigo. Lo quieren todo para sí".

"Hay que confiar, compañero", repuso, siempre convencido de sus palabras.

Así, con la fe puesta en sus propias invectivas, ingresó al Partido Socialista. Y a la Concertación de Partidos Por la Democracia, convencido profundamente que, con el advenimiento de esa alianza se iniciaba una era de cambios en beneficio de las clases dominadas. Y era tanto su convencimiento al respecto que, entrevistado en Suecia por la Radio Continente no vaciló en recurrir a expresiones que nunca debió emplear:

"Patricio Aylwin es el mejor presidente que Chile ha tenido".

Enjuiciado, años más tarde por Víctor Musa, quien lo entrevistara en esos años, reconoció con vergüenza su error:

"Tienes razón. Jamás debí decir aquello".

Y es que Pedro creía en el ser humano como concepto, creía en la política como un campo neutral y en la amistad fuera del campo de los intereses y de las apetencias personales. Su extrema honestidad le hacía no sólo reconocer sus errores sino, también, mirar a los demás como reflejo de sí mismo y no en su real dimensión de sujetos autónomos, independientes, peculiares, con rasgos propios y bien definidos. Entonces, la política pasaba a ser, para él, otro ideal, otra extrapolación de su propio yo.

Por eso, y al considerar a la política como un espacio neutro, alejada de la lucha de intereses, nada de lo que había vaticinado sucedió: nadie le reconoció lo que hizo, nadie respetó sus presuntos derechos. Sus amigos, o aquéllos que él siguió creyendo tales, se preocuparon tan sólo de ellos mismos: mejoraron su situación económica y prosperaron. Unos se hicieron lobbystas; otros, empresarios. Algunos lo felicitaron por su lealtad, le palmotearon la espalda y se alejaron a sus derroteros. Nada más. No hablaremos aquí de su campaña para aspirar al cargo de concejal en Puchuncaví porque esa es una página que oscurece más aún las acciones del partido en el que militaba.

A pesar de todo, Pedro siguió confiando. Y esperando. Jamás pidió nada para él, tan seguro estaba que le reconocerían sus méritos. Enfrentó la cesantía desde el mismo 11 de septiembre de 1973 hasta el advenimiento de la democracia; durante los veinte años de gobiernos concertacionistas, por los que Pedro Gaete se jugó por entero, estuvo a la espera de ese reconocimiento que jamás había de hacerse presente. Organizó, entretanto, el Memorial MAPU y fue sostén de numerosas campañas políticas tanto para la elección de concejales como de parlamentarios e, incluso, de presidente de la República; también apoyó los trabajos de Villa Grimaldi y algunos proyectos ecologistas. Participó, igualmente, en la Asamblea de la Civilidad. Nunca se le llamó para desempeñar un cargo en donde pudiera hacer realidad aquellas ideas que tenía sobre cómo construir una nueva sociedad. Apenas si, en su casa, en uno de los anaqueles, reposa hoy un objeto de metal, que le otorgara el Memorial MAPU, con la efigie de Rodrigo Ambrosio y algunas palabras de agradecimiento a su labor.

Pedro estaba tan convencido que los actores políticos eran sujetos honorables que, poco antes de su muerte, habló con su gran amigo Luis Cova, a quien le solicitó pronunciar algunas palabras en su sepelio; Luis agradeció la distinción que le hacía, pero se excusó pues jamás antes había hecho algo así; entonces Pedro le pidió usar sus influencias a fin de lograr que lo hicieran Oscar Guillermo Garretón, Jaime Gazmuri y Osvaldo Puccio. Esta misma petición la hizo a Jorge Coloma, dirigente sectorial del Partido Socialista. Tremendo error éste, a nuestro juicio. Pero, a la vez, fiel expresión de su carácter conciliador, de hombre bueno, que, a menudo, le hacía aparecer no sólo ambiguo en sus posiciones sino como una persona acostumbrada a ser mirada con desdén. Pedro era incapaz de entender que, para desempeñarse en un mundo político organizado por la economía social de mercado, era necesario reemplazar las virtudes teologales por los pecados capitales; lo cual quería decir que él, como persona, era un sujeto equivocado, en un lugar equivocado, en un momento equivocado.

Pedro fue el apoyo y sostén del CODEHS y, en consecuencia, de la labor extraordinaria que realizara ese hombre admirable que fue Clotario Blest. Su automóvil Volkswagen, ese escarabajo blanco que recibiera por pago de honorarios adeudados, no sólo transportó a los artistas que permanecían hasta altas horas de la noche en La Casona de San Isidro, sino llegó a todos los rincones donde se realizaron actos en defensa de los derechos humanos, trasladando al octogenario líder obrero a esos lugares para que pudiese entregar su palabra de esperanza a las clases postergadas. El CODEHS se pronunció frente a cada suceso que ocurría en el país; pero también lo hizo frente a la coyuntura internacional. El CODEHS estuvo junto a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, al Comité Pro Retorno de Exiliados, a la Agrupación de Familiares de Presos Políticos, a la Agrupación de Familiares de Detenidos Ejecutados, en fin. Y Pedro Gaete en todos esos lugares. Estuvimos, así, presentes en los Hornos de Lonquén, cuando se entregaron los cuerpos de los campesinos ejecutados, en la Iglesia de la Población Joao Goulart donde el CODEHS iba a realizar un acto por los Derechos Humanos, en los sindicatos de Sumar, PANAL, MATESA, GOOD YEAR, en fin. Cuando, el año pasado nos juntamos con Raúl Elgueta, Patricio Orellana, Oscar Ortiz, María Eugenia Zúñiga, para constituir nuevamente el CODEHS, Pedro estuvo, de inmediato, con nosotros, entusiasmado con la idea de revivir un organismo tan querido y respetado como lo había sido aquél.

Pedro supo de la enfermedad irreversible que minaba su existencia el 9 de diciembre del pasado año. Si en el CODEHS había luchado por la vida de los demás, ¿cómo no iba a hacerlo con la propia, él, un defensor de la vida, un rotundo opositor a la cultura de la muerte? Desde esa fecha hasta el momento en que exhaló su último suspiro, Pedro luchó por vivir. Y no tuvo inconveniente alguno en confesárselo abiertamente a Pamela, su amor y madre de su hija Paula. Preguntaba constantemente cómo lo veíamos, si advertíamos en él alguna mejoría. A Pamela la urgía por los remedios que creía podrían terminar con el cáncer que le devoraba el páncreas y el hígado.

“Hemos pasado por otras peores. Vamos a salir de ésta”, le decía a Pamela.

“Fuerza, Pedrito”, le dijo un día Manuel Acuña al despedirse de él, acariciando su cabeza.

“En eso estamos”, repuso Pedro, con un convencimiento sobrecogedor.

Hace un tiempo atrás, y antes que supiese de la enfermedad que lo aquejaba, había manifestado a Pamela su deseo de, en caso de morir, ser cremado y sus cenizas arrojadas al mar, cerca de Maitencillo, la tierra de sus antepasados, donde algunas de las calles llevan aún el apellido de esa familia (los Gaete) que la hiciera prosperar en una época no muy remota. Cuando ya supo lo que le sucedería, volvió a expresar a su mujer ese deseo.

Muchos nos hubiere gustado sepultar a Pedro junto a Clotario Blest, tal cual el CODEHS, en una de sus reuniones últimas, acordara como un reconocimiento para todos sus miembros. Pensamos que hubiere sido aquélla una forma de hacer justicia a personas, como nuestro amigo, que fueron capaces de consagrar su vida a la defensa de los derechos de los desamparados. Muchos nos

hubiere gustado, además, que las palabras de despedida en el camposanto las pronunciara uno de aquéllos por la defensa de cuyos derechos el propio Pedro luchó durante toda su vida o sus amigos y familiares. Nada más. Pero, de haber así sucedido, el tremendo error de pasar por encima de su voluntad estaría consumado. Y eso sí hubiere sido imperdonable.

Digamos, finalmente, que Pedro fue un hombre comprometido con los ideales libertarios; lo comprobó en la práctica, constantemente, durante más de cuarenta años, sin claudicar jamás.

Por EL COMITÉ DE DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS Y SINDICALES (CODEHS):

Raúl Elgueta,
Oscar Ortíz,
Carlos Méndez,
Patricio Orellana,
María Eugenia Zúñiga,
Rebeca Godoy,
Miguel Mercado,
Nelson Paz,
Rubén Díaz,
Carlos Lagos,
Alfonso Osorio,
Manuel Acuña.

Santiago, abril de 2012